

La foto del seminario que nunca se hizo. Dos imágenes y una *fake*

María Jesús Fortes Alén

La fotografía más emblemática de los miembros del Seminario de Estudios Galegos delante de la casa del astrónomo Ramón Aller estuvo mucho tiempo rodeada de polémica. La imagen más reconocida del grupo se tomó en 1934, en la jornada de mayor éxito y más concurrida de la institución por las tierras de Deza. Se desconoce quién fue el autor de la impresión, pero no sería disparatado pensar en alguno de los hermanos Barreiro, que ese año acompañaron a los seminaristas para filmar un documental sobre los trabajos que realizaban en la comarca, o el mismo Ramón Aller, cuya afición por la fotografía quedó recogida en retratos donde aparece con los aparatos necesarios para ejecutar tan moderna disciplina. Además, Aller no se encuentra en el grupo junto a sus compañeros.



Miembros del Seminario de Estudios Galegos delante de la casa de Ramón María Aller (Lalín, 1934).

En la imagen aparecen de pie, en primera fila, Otero Pedrayo, Iglesias Vilarelle, Parga Pondal, Ferreiro Panadeiro, Brañas Cancelo, Osorio Tafall, Fernández Cochón, Vicente Risco, Sebastián González, Antón Taboada, Pedret y Xesús Carro. Por detrás, también de izquierda la derecha, Antonio Fraguas, Xaime Vidal Rey, Enrique Longa Vázquez, Ricardo García Suárez (“Xohán Ledo”), Xaime Isla Couto, Manuel Ferreirós Espinosa, Cuevillas, Vicente Fernández Hermida y Ánxelo Ramos Colemán.

Por otra parte, se hizo también mucha difusión de la misma fotografía con una singularidad; aparecen al lado del alcalde de Lalín, Ferreiro Panadeiro, otro seminarista hasta ahora sin identificar y detrás de él, de perfil, Filgueira Valverde.



La imagen anterior modificada con la inclusión de Filgueira Valverde y otro seminarista.

En la siguiente imagen los destacamos en color, para que se aprecie mejor el inserto:



En esta versión de la imagen se destaca el inserto.

Este hecho dio pie a todo tipo de especulaciones e incluso se llegó a apuntar a Filgueira como autor de la manipulación por ego personal y afán de protagonismo, para hacer valer, de esta manera, su “imprescindible” presencia en las jornadas de la institución. Sin embargo, está perfectamente documentado que Filgueira participó en la excursión a Lalín de 1934, por lo que pueden descartarse los chismes anteriores.

Hace relativamente poco tiempo, el Museo de Pontevedra tuvo la oportunidad de adquirir la fotografía original del citado montaje, posiblemente procedente de la misma casa y archivo de Filgueira. En ella se aprecia al tacto el preciso recorte para integrar a los dos nuevos personajes en el grupo, efecto que pasa casi desapercibido en las reproducciones posteriores de la imagen manipulada. Llama la atención el buen encaje del injerto por el tamaño y el color de las figuras añadidas, si se tiene en cuenta que Filgueira o quien fuese el autor de la

manipulación no contaba entonces con los medios tecnológicos de los que disponemos hoy en día para modificar las imágenes. ¿De dónde se recortó, pues, el trozo con los dos “intrusos”?

La respuesta se encuentra en un artículo de Gerardo Álvarez-Gallego en la revista ilustrada *Estampa* de Madrid del 12 de octubre de 1935 titulado “Estudiantes de Galicia. De las tunas de ayer a los seminarios de hoy”. Solo conocemos esta publicación por un recorte de prensa conservado en la carpeta documental reunida con motivo de la celebración en Pontevedra del 1.º Curso de Extensión Escolar en el verano de ese mismo año.

ESTUDIANTES DE GALICIA
DE LAS TUNAS DE AYER
A LOS
SEMINARIOS DE HOY

ENOR HUÉSPEDS EXTRAÑOS

¿Q UE extraños huéspedes son estos que pululan los veranos por los agros rizados, las congostras sombrías o los vericuetos gularreños de las comarcas de más carácter de Galicia? Los libriegos, que sulfatan el vinado o caván el maíz bajo el sol justiciero de julio, alzan un momento, sorprendidos y regeciados, las caras tostadas para contemplar con atención aquel ir y venir de tan raras visitantes. Durante una temporada, efectivamente, mañana y tarde, los ven doblarse sobre el campo agostado para examinar cuidadosamente, a través de una lupa, una flor, a la que ellos jamás dicen importancia, o contemplan cómo zardan en el puertí entretenimiento, increíble en personas serias, de cazar una mariposa rebelde, o de qué manera se paran a recoger muchos de los cuerpos —piedras de los caminos— que a nadie en la aldea se le hubiera ocurrido guardar. Las gentes aldeanas, que se cruzan con estos grupos de hombres jóvenes y muchachos nítidos, a lo mejor haciendo fotografías de la casa más ruinosa del lugar o abrazando con una cinta métrica el castro más alto, se sonríen cazurramente.

—Pero, ¿qué zetas serán estos? Que o dema son lites si non se caita sobre a aldea sabe sabe de tolos. Danzan todas las hipótesis. Aquellos sujetos con traza de sehoritos, tan arbitrariamente vestidos— amplia camisa sport sobre fuertes legués de caballistas, la media inglesa y el ascoté, el “monó” de mecánico o el pijama de colorines—, que se están una hora delustrando la inscripción de la humillísima iglesia románica o dibujando el Cristo de piedra de un cruceiro desafortinado, y que pagan dinero si se les cuenta un monaco; sus viejos que ya no se acuerda; o se les cuenta un villancico navideño, que sólo sabe las ancianas de noventa años; aquellos sujetos deben estar mal de la cabeza... ¿Que otras cosas más que locos pueden ser? ¿Ingenieros? No son las tierras de Melide, de Carballino o de Deza —no son las tierras gallegas— de las que vivan con la esperanza de que una línea férrea alegre su fe-

racidad incommunicada con una diama de silbidos de locomotora. ¿A caso tratantes? ¿Quizás acaparadores de castañas o de cebollas para exportar? ¿Quién sabe lo que habrá dejado de las instrumentarias arbitrarias! Por de pronto, nadie imagina en la aldea qué oficio será ese de andar preguntando cómo se hacen allí los testamentos y qué formas adopta el contrato de aparcería, o quién sabe algún refrán antiguo... ¡Máis, máis! La suspicacia aldeana —la santa suspicacia defensiva— no espera nada bueno de aquellos paparracos, tan preguntones y con gafas. ¡Seguramente que todo parará en que los culhan otra vez la contribución!...

EL ESTUDIANTE DE “LA CASA DE LA TROYA”

Fue hace veinte años... Aún la estampa del estu- diante de Compostela, que popularizó “La Casa de la Troya”, colgado de las posadas estudiantiles de Santiago de Compostela. Entonces, el escolar que desembocaba en la Universidad llevaba la sugereñía de la mala prima y de la buena simpatía de la novela de Alejandro Pérez Lugín. Todavía no hiciera crisis definitiva para la exportación, la leyenda truhán del estudiante de Compostela.

La Compostela lluevosa, monumental y evocadora, que ha servido en sus ruas silbadas las guitarras de la tuna de antaño.

Porque las páginas de la novela troyana proyectaron, España adelante, la película de una Galicia poco entrañable, pintoresca y divertida. Más que sus personajes, vagaba hace veinte años por Compostela la última viñeta de la vida estudiantil masculina, entreverada de candidas travesuras: hurto de unos chostros en cualquier figón de los aldeanos; pueril aventura de un campamento, escandaloso y unánime, de llamadores de portal, obedientes a la disciplina de un solo baramante picaro, manejado en la sombra por un grupo de estudiantes, que así divertían las horas de la prima noche; permuta del Libro de las Cuarenta Hojas por los libros de texto—no comprados o empeñados— en el dormitorio; escaso y apesadomoso tabaco malo, del hostal en el que los estudiantes se hacían tabacos de la calberilla... Y las últimas unas. Las ronallas estudiantiles, cada vez menos: numerosas y más devaluadas en calidad pre- sidencial—rica cantera, de donde salieron en otro tiempo muchos que fueron después grandes figuras de la política española—, eran, en realidad, las pálidas esencias vigentes de cuantas asperjaban los tarros guardados en conserva en los capitulo- amos de La Casa de la Troya.

APUNTE DEL UNIVERSITARIO DE LOGAÑO

Veinte años después, como en las películas, la acu- arria tónica del escolar universitario de Galicia cam- bió. Y es que venía de toda Europa un aire nuevo. Compostela se renovaba de las evocaciones de otrora. Ya no se veían calzas soladas, ni golas rizadas, ni sobre el jubón de tamo, los mostachos de una ju- ventud, que los conservaba enhiestos a fuerza de




Profesores y alumnos del Seminario de Estudios Gallegos, dispuestos para comenzar una de sus viajes de investiga- ción a las escuelas gallegas que quedan de las viejas tradiciones olvidadas.

Recorte de la revista *Estampa*. Madrid, 12 de octubre de 1935.

Una de las estampas que ilustran el citado artículo fue impresionada el mismo día que la fotografía oficial de todos conocida, donde aparecen algunos miembros cambiados ligeramente de posición, pero con los mismos atuendos. Hacia un lado, prolongando el encuadre longitudinal, están Filgueira Valverde y su compañero desconocido. De una matriz de esta foto se recortaron las dos figuras de la polémica para introducirlas en un formato más recogido, e incluso se recorta un trozo del brazo de Otero Pedrayo. Lo que aún no sabemos es si se conserva algún original de esta segunda imagen y dónde se encuentra.



Fotografía en la revista Estampa. En el extremo izquierdo aparecen las figuras de Filgueira Valverde y otro seminarista que se recortaron para añadir en la otra fotografía de la misma jornada.